

—¡Y bien, sea —dijo arrojando violentamente varios objetos en el interior de una maleta; —ella lo habrá querido! ¡Me voy adonde soy bien recibido! ¡Si me agrada quedarme allí, me quedaré! ¡Seré dueño de mis acciones. No veré más caras de vinagre al volver á casa. ¡Ha hecho perfectamente bien! ¡Era lo único que quedaba por hacer, vive Cristo!

Se detuvo cuando la maleta estaba llena y fué á sentarse en una silla para reflexionar. La actitud de Desroches no le agradaba, pues veía en ella una severa reconvención; si sus amigos se declaraban partidarios de su mujer, ya estaba divertido. El discurso de su suegra le vino á la memoria haciéndole sonreír. ¡He ahí una que habría inventado sus correspondientes historias si hubiese vivido! ¡Era una suerte no tener nada que temer por ese lado.

Se vistió, y luego que hubo fumado un buen cigarro salió á la calle. Nada había cambiado en París, nadie parecía haberse apercibido de la sorprendente metamorfosis que acababa de operarse en Armor, encadenado la víspera y libre hoy... libre al menos de su mujer, pues le aguardaban otras cadenas, de las que ya arrastraba una más pesada que la que el creía, pero que no le inquietaba, sabiendo que se libraría de ella siempre á cualquier precio que fuese.

Se paseó por los Campos Eliseos, tan lindos en aquella estación del año, y á eso de las seis de la tarde, habiéndose encontrado á la mujer que deseaba ver, se fué á comer alegrememente en su compañía en el pabellón de Armonville. Ni una vez se acordó de Albina. En los hombres de la ralea de Félix, el recuerdo de una mujer amada antes, no pesa más que las hojas del año pasado al árbol que ahora reverdece nuevamente.

## XXVIII

Albina trabajaba una tarde en su jardín mientras que Tom se entretenía en abrir un agujero en la arena. Juana estaba en la escuela; los gritos de los muchachos que salían de clase le anunciaban su próxima vuelta. Coco, siempre entretenida en algún quehacer útil, había ido á vigilar la limpieza de la casa de su tío, cuya llegada no se haría esperar mucho.

El mes de Junio tocaba á su fin; una calma apacible reinaba en aquel ambiente estival, que ofrecía dulce reposo al alma y á los sentidos.

Albina no pensaba en cosas tristes: la sed de la vida que había experimentado en el cementerio la mañana de su salida de París, la siguió á Etretat, en donde gustaba al presente de la paz que sigue á las grandes agitaciones de la existencia.

Esta paz era doblemente bienhechora, pues su encanto había arrojado muy lejos en un pasado nebuloso todas las duras pruebas porque Albina pasara. Pensaba en su marido con cierto disgusto, pero sin cólera. ¡Pobre Félix! se decía de cuando en cuando. Y esta misma piedad carecía de amargura. ¡Estaba tan tranquila en el chalet! A veces, si se hubiera atrevido, hubiese confesado que se encontraba hasta dichosa.

Sonó la puerta y Tom se precipitó ladrando. Albina levantó los ojos; no podía ser Juana, porque apenas acababan de dar las cuatro. Al sentir pasos de hombre sobre la arena, tuvo miedo... ¿si sería Armor? No tardó en ver con asombro á Lorenzo, que venía guiado por el perro.

—¡Usted!—exclamó levantándose sorprendida  
Su labor habia caido al suelo y el joven la recogió antes de responder.

—Yo mismo—contestó por fin:—cómo está usted, señora?

Habia traído una silla, Albina volvió á sentarse y ambos se miraron.

—Veo con profunda satisfacción que se encuentra usted buena, á juzgar por el tinte sonrosado de sus mejillas. Ella sonrió ligeramente.

—¿De dónde cae usted, del cielo?—le dijo.

—No, del Havre—respondió sonriendo á su vez. He estado estudiando ciertos procedimientos fabriles é industriales en una gran fábrica, con los cuales hay medios de hacer una buena fortuna con poco capital. Esta mañana, viendo el tiempo tan hermoso, me propuse pasar el día á mi gusto, y he venido... á ver si Desroches habia llegado ya.

—Todavía no—repuso Albina.—¿Ha estado usted en su casa?

—De allí vengo, donde he encontrado á Magdalena ocupada en enseñar á dos mujeres del país el modo de limpiar con greda los cristales. Después he venido á ver á usted.

—¿Se quedará usted á comer con nosotros?

—Si hace usted el favor de ofrecerme hospitalidad... Mañana temprano á las seis me vuelvo á la fábrica, donde pienso pasar gran parte del verano.

—¿Tiene usted habitación?

—No, Desroches me ha dicho que me acueste en su casa cuando quiera; no faltará algún sofá.

—Se le preparará á usted cama—dijo Albina.

En aquel momento se presentó Juana que venia del colegio, y al reconocer al joven fué á darle un beso.

—Vete á decir á Coco que prepare una cama para el señor Pontet, en casa de Desroches—dijo Albina.

Juana respondió con un signo de cabeza, dejó el cartapacio y echó á correr seguida de Tom.

—Por lo visto se encuentra usted bien aquí—dijo Lorenzo.

—¡Oh, sí!

De repente, acordándose que se hallaba sola con el hombre que la amaba, se ruborizó; el joven tuvo una vaga intuición de lo que ella sentía, y también se puso colorado.

—Vive usted en familia con esas dos señoritas... eso la producirá ciertas molestias.

—¡No por cierto!—replicó vivamente Albina;—son ambas prudentísimas.

Reinaba un profundo silencio en el jardín y en sus alrededores.

Lorenzo se abandonó á la deliciosa embriaguez que le ofrecía aquel reposo y la presencia de la mujer que amaba. ¡Son tan raras en la vida estas horas, que no se debe rehusar su encanto á los desgraciados!

Albina pensaba vagamente en mil lejanas cosas que flotaban en torno suyo como los insectos de aquella tarde serena y tranquila: recuerdos de la juventud, de la infancia, el color de un vestido que tuvo, un jardín que vió un día al pasar por un camino, esmaltado de bellísimas flores cuyo aroma parecia perseguirla por todas partes.

Miró á la tapia del chalet, tapizada de embalsamadoras madreselvas... ¡Cuán lejos estaba aquel jardín! y, sin embargo, hubiera podido designar el sitio de cada flor... Sentía sus miembros como entorpecidos por el sueño... hizo un movimiento cual si quisiera librarse de aquella dulce modorra, y continuó cosiendo

—¿Y Desroches, está bien?—preguntó.

Lorenzo se estremeció como el que despierta sobresaltado.

—Muy bien, es decir, al menos lo estaba cuando me separé de él.

Volvieron á quedarse en silencio; pero Albina cosía de prisa y el ruido seco de la aguja en la tela rompía el misterio de aquélla entrevista al aire libre bajo un espléndido cielo azul.

Se oyó un ruido de voces á lo largo del jardín; eran Juan y Magdalena que venían.

—Ya está todo hecho—dijo la niña.—Tiene usted una hermosa cama en la habitación verde, caballero; Coco misma la ha arreglado ayudada por mí. ¡Verdad que las asistentes tenían las manos muy sucias!

Todos se echaron á reír; Magdalena se había ruborizado.

—Gracias, señorita—dijo con gravedad Pontet.

—Y además, mañana por la mañana á las cinco, le despertarán á usted y le harán café; cuando se haya usted marchado, Coco irá á recoger la llave y á ver si todo está bien ordenado; ¿no es verdad, Coco?

—Voy á ver qué nos tienen preparado para la comida—dijo la joven evadiéndose.

Desapareció por la esquina de la casa, escoltada por Juana y Tom.

—¡Qué excelente muchacha es Magdalena!—dijo Albina sonriendo.

—La quiere á usted mucho, eh?—preguntó Lorenzo con interés.

—¡Ah, ya lo creo, y yo á ella!—No he conocido señorita más excelente. Cuando vine aquí no tenía gusto para nada, además, estaba algo mala....

La mirada del joven llena de lástima se fijó en Albina; Desroches le había contado todo, y desde entonces la amaba más.

—Ella ha tomado la dirección de la casa—continuó Albina

—y nunca ha habido en mi casa tanto orden ni tanta economía. Cuida á Juana como una madre cariñosa, y en medio de tantas ocupaciones, todavía encuentra tiempo para bañar á Tom.

—Me alegro—dijo Lorenzo—que le sea útil.... los hombres no sirven para nada!

Este pensamiento, profundamente filosófico, hizo reír á ambos, después de lo cual se pusieron á conversar sobre cosas de París. A eso de las seis Albina subió á su habitación, dejando á Pontet en libertad antes de comer.

Lorenzo se fué hasta la capilla que corona el promontorio, y una vez allí, sentose sobre la olorosa hierba para gustar á sus anchas del hermoso panorama que ante sus ojos se extendía. Pero su espíritu arrullado por el movimiento de las olas, abandonó el mundo exterior para reconcentrar su pensamiento en lo que acababa de dejar.

¿Por qué había venido? Después de seis semanas de ausencia no había podido estar más tiempo sin ver á Albina, ¡hé aquí la verdad! Profundizando bien la cuestión, pudo apercibirse de que aceptó ir al Havre para estar más cerca del Etretat.

Ni tuvo la paciencia de aguardar, como otros años, á que llegada la estación oportuna, Desroches le invitase á pasar en su compañía las vacaciones; sino que salió de París al mismo tiempo que ella, no teniendo ya razón de ser su permanencia en la capital.

Notó que su amistad había hecho extraños progresos á partir de aquel momento. ¿Reconocía esto por causa el verla más alejada de su marido? ¿Qué era, pues, esta amistad? Un engaño, una mentira, un hábil subterfugio, por medio del cual había disfrazado ante todos y ante sí mismo también... ¿qué?....

En su conciencia de hombre honrado, se operó un gran movimiento que le trastornó por completo.

El velo que durante tanto tiempo tuvo voluntariamente ante sus ojos se rasgó, y pudo ver con tanta claridad co-

mo bajo sus pies veía el mar, su amor por Albina, antiguo, fuerte y apasionado, mirándole con suplicantes ojos en demanda de perdón.

—¡Ah!—exclamó con indecible expresión de amargura —¡es preciso no volver á verla!

Apoyó su cabeza entre las manos y comenzó á examinar los sentimientos de su alma; ¿era verdaderamente culpable? ¿Era un crimen amar sin que ella lo supiese á una mujer que en realidad á nadie pertenecía? ¿A quién causaba daño, sino á sí mismo? Amaba su mal; ¿pero era en realidad un mal? Durante algunos años, este amor le había sostenido y ennoblecido... Recordaba mil circunstancias en que la pregunta: «¿Qué pensaría la esposa de Armor?» le había inclinado hacia la resolución más generosa y más heroica... ¿Debía arrancar de su vida todo esto? ¿Qué le quedaría entonces?

Sonó la hora en el reloj de la ciudad; Lorenzo volvió lentamente hacia el chalet; todo le parecía haber cambiado. El valle poco ha tan alegre, tan lleno de luz, antojábasele triste y sombrío. Al llegar á la puerta hizo un movimiento como para librarse de su fastidio; sobre todo, no debía dejar traslucir nada á la mujer de Armor, ante la cual se presentó con un aspecto tranquilo, ya que no alegre.

La mesa estaba preparada en un lindo comedor, cuyas ventanas daban al castillo de Etretat; su singular construcción mostrábase á los rayos del sol poniente, con su vestidura de hiedra, presentando un aspecto regocijador. Juana, abriendo sus grandes ojos, lo admiraba con cierto respeto; á cada bocado dirigía una mirada hacia la ventana. El blanco mantel y la reluciente vajilla prestaban al interior del cuarto cierta alegría, completada por dos jarrones con flores silvestres, colocados sobre un artístico aparador de roble.

Lo más lindo que había en el comedor eran las tres figuras femeninas: Juana con su fisonomía original é inteligente, vestida de rosa pálido; Magdalena, embellecida de pronto por no se sabe qué encanto misterioso, con un traje

negro salpicado de blancas florecillas; y Albina, envuelta en su sencillo traje color lila, que daba á su tez una frescura encantadora. Formaban un grupo delicioso para la vista, y sus semblantes, animados por la gracia y la bondad, regocijaban el corazón.

Lorenzo no pudo guardar la severa inflexibilidad de sus pensamientos á presencia de aquel encanto femenino; henchíase poco á poco su corazón en medio de las carcajadas, de las bromas inofensivas y de la exquisita dulzura de aquella original reunión, en que tres mujeres, completamente extrañas las unas á las otras, presentaban la imagen más perfecta de la familia. El también era un extraño, acogido como hermano... ¡Qué buena era Albina!

La comida terminó en medio de una atmósfera de paz y de alegría que hicieron reposar el espíritu de Lorenzo, abatido con los sentimientos que había experimentado en el muelle; Magdalena, sobre todo, estaba extraordinaria: un inagotable manantial de ideas y de palabras brotaba de ella á la menor cosa, descubriéndose en el fondo de su conversación cierta ternura que le daba un encanto imprevisto.

Juana la miraba extasiada, olvidándose de contemplar su adorado castillo. De repente exclamó:

—¿Pero qué tienes hoy, Coco? ¡Nunca te he visto así!

Magdalena se puso encendida como la grana y bajó los ojos. Albina había reprimido un espontáneo movimiento de reproche hacia Juana, consternada por el resultado de su observación; Lorenzo, después de haber vuelto rápidamente la cabeza para mirar á Magdalena, viéndola confusa, puso su mirada en la ventana... ¡Es tan cómodo tener á mano una ventana para disimular un movimiento embarazoso!

—Coco—comenzó Juana con tono lastimero...

—¡No la des más ese ridículo nombre!—dijo Albina impacientada; —¡ya no es tan niña! llámala Magdalena.

La joven dirigió á su amiga una mirada de agradecimiento.

to, mientras Juana se preguntaba interiormente cuál sería el motivo de cambio tan brusco. Terminada la comida se levantaron para ir al jardín, más delicioso todavía á esas horas.

Langüidecía la conversación, interrumpida por frecuentes silencios. Juana, fatigada, se había sentado en un taburete, inclinando la cabeza sobre las rodillas de Albina; Magdalena daba órdenes en el interior de la casa, viniendo de cuando en cuando á sentarse junto á sus amigas para marcharse muy luego, como si se hubiera olvidado de alguna cosa.

Las sombras de la noche descendían poco á poco, invadiendo primero las grandes masas de árboles ó de tierra, y después las praderas; sólo las calles estaban alumbradas; el sereno cielo adquiría un color verdoso hacia el extremo del mar, y las estrellas despedían misteriosos fulgores; reinaba gran calma, no interrumpida por el menor soplo de viento.

—Tengo que marcharme—había dicho dos veces Lorenzo, sin decidirse á ello.

Dieron las ánimas, y el sonoro eco se esparció por el valle, pasando sobre las colinas para ir á lo lejos á turbar el silencio de las llanuras. Cuando el aire, agitado por los sonidos, se hubo calmado como la superficie de un lago inquieto un instante, Magdalena apareció junto á Lorenzo, casi invisible en la creciente obscuridad, á no ser por los puntos blancos de su vestido.

—Ven á acostarte, Juana—le dijo. La niña se levantó, apartando de sus ojos los cabellos que le caían en desorden, besó á Albina y presentó la frente al joven.

—Buenas noches—dijo Magdalena dando un paso para marcharse.

—¿No vas á volver?—preguntó Albina.

—No... tengo que hacer muchas cosas todavía... Buenas noches, caballero.

—Buenas noches, señorita.

Las siluetas de las dos desaparecieron entre las tinieblas.

—Me voy—dijo Lorenzo por tercera vez. Para pronunciar estas palabras tuvo necesidad de hacer un esfuerzo supremo.

—¿Ya?—dijo Albina sin moverse.—Aún no es tarde—Ella pensaba en este momento que aquel joven la amaba y que hacía mucho tiempo que en su vida monótona no había tenido un día tan brillante, tan delicioso como aquel... Sin causar daño alguno, ¿no podía detenerle un poco, instarle á que volviese, infundirle ánimo?... ¡Por tan poca cosa! Además, Desroches le había dicho que no tendría nada que temer... y puesto que Lorenzo la amaba, se consideraba dichosa con el menor acto de benevolencia... ¿Tenía esto algo de malo? No, ciertamente.

—Tengo que marcharme... Mañana salgo muy temprano... Sin embargo, permanecía en pie delante de ella, que no decía nada deteniéndole, por el hecho mismo de permanecer inmóvil, con una coquetería casi involuntaria; Lorenzo sintió un gran calor en su pecho cual si un fuego lento durante mucho tiempo, acabase de estallar con violencia.

—Le acompañaré á usted hasta la verja—dijo Albina;—y cuando usted haya salido, la cerraré.

Ambos descendieron por el estrecho sendero donde sus vestidos se rozaban; los árboles parecían completamente negros bajo el cielo todavía claro, y la hierva despedía agradableísimo aroma. La voz de Lorenzo dejase sentir dulce y tierna.

—Este día ha sido delicioso—dijo;—uno de los mejores de mi vida.... Se lo debo á usted.... Se encuentra usted aquí sola.... ¿No hay nada en que pueda servirla?

—Nada—dijo Albina moviendo la cabeza.

—Quisiera poder ser útil á usted.... No permanecer completamente extraño, ya que es usted tan bondadosa para conmigo.

—No me es usted extraño—dijo lentamente la joven;— hace mucho tiempo que su amistad se agita en torno mío siéndome muy grata.

—Gracias—dijo muy bajo Lorenzo. Habían llegado á la verja. Albina halló dificultad en abrir la puerta, por lo cual hizolo Lorenzo.

—¿Volverá usted pronto?—dijo Albina.

—¡Cuando usted quiera!—respondió el joven muy conmovido.

—Entonces cuando usted quiera—repitió Albina sonriendo.— Buenas noches.

La verja se cerró produciendo un crujido seco: Lorenzo hubiera permanecido allí mirando á Albina retirarse, pero como ella no se movía de aquel sitio, emprendió su camino volviendo á cada instante la cabeza hasta que al cabo de un momento percibió el vestido claro de su adorada que subía hacia el chalet.

—¡Dios mío cuánto la amo!—dijo deteniéndose, porque el violento latido de su corazón le ahogaba.— ¡Es tan buena. . . . tan afectuosa! . . . .

El horror de esta pasión por una mujer casada, intentó abrirse paso en medio de la impetuosidad de sus sentimientos; pero lo rechazó diciendo:

—Más tarde, más tarde pensaré, sufriré y lucharé. . . . Ahora no puedo. . . . la adoro.

Una vez llegado á casa de Desroches, entró, encendió una bujía y subió la escalera que conocía palmo á palmo. La puerta de su cuarto estaba abierta, y por ella salía un aroma que le agradó tanto más, cuanto que era para él una sorpresa; al dejar la bujía sobre la cómoda, vió una magnífica rosa colocada en un vaso de agua.

Un libro nuevo se hallaba cerca sosteniendo encima un precioso cuchillo para cortar papel; sobre el tocador había preciosas toallas bordadas, las mejores de la ropa blanca de Desroches, y una pastilla de finísimo jabón, sin estrenar, demostraba una solicitud á la cual no estaba acostumbrado.

—Magdalena es la que lo ha arreglado todo; ¡qué gentil es! . . . y estaba linda esta tarde.

Su intimidad con Desroches habíale proporcionado siempre ocasión de tratar muy de cerca á la joven, por quien sentía verdadero cariño, sin darle importancia alguna. Pronto comprendió que la esposa de Armor debía haberse ocupado mucho de Magdalena, pues en ocasiones ambas tenían los mismos gestos é idénticas inflexiones de voz, como personas que se aman y que viven estrechamente unidas. El lindo cuadro de los tres rostros reunidos se reprodujo en su pensamiento.

—Nadie comprenderá jamás el bien que esta mujer derrama á manos llenas—se dijo.

Vuelto á su única preocupación, trató de dirigirse reproches, demostrándose su propia inmoralidad. . . . ¡Trabajo perdido! su fantasía se negó absolutamente á representarle otra cosa que no fuera la imagen de la mujer querida, bajando por el sendero junto á él, más bien adivinada que vista entre las sombras bajo los corpulentos árboles. Durmiese al cabo mecido blandamente por un sueño indeciso, en que flotaban rizadas olas azules que semejabán caprichosamente la figura de Albina.



## XXIX

Al entrar en el chalet, la esposa de Armor no se había detenido á largas reflexiones; cierta pereza intelectual le impedía profundizar sus impresiones, pasó un agradable día; sabía que no sería el último y no iba más allá. Del mismo modo que Lorenzo había desechado toda preocupación enemiga, ella dejaba para mejor ocasión el examen de los porqués. La lámpara ardía en su habitación del piso primero, al que profesaba gran cariño por haberle habitado en compañía de su Juanito; al franquear el umbral fué alcanzada por Magdalena.

—¿No te has acostado?— dijo Albina distraidamente.

—No, estaba esperando á usted por si tenía que disponer algo para mañana.

—No creo....

Ambas estaban muy cerca de la lámpara; Albina levantó los ojos hacia el rostro de su joven amiga y una idea singular surgió en su mente á la vista de aquel rostro transfigurado de pronto.

—¿Te has divertido mucho hoy con las dos mujeres en casa de tu tío?

Magdalena se sonrojó y sus ojos revelaron una tímida alegría.

—Ocurrió un incidente muy gracioso— contestó;— cuando más engolfada estaba en mis faenas, manchada de yeso

por todas partes, pues lo tenía hasta en los cabellos y en los ojos, llegó el señor Pontet sin que nadie le oyese. Las mujeres se asustaron tanto, que bien creí iban á dar la voz de: «¡Ladrones!» Entonces nos reimos mucho.

Albina la miraba con atención, mientras todo un mundo de ideas confusas giraba en su cerebro.

—¿Pusiste todo lo necesario al arreglar su habitación?

—¡Oh! Si.... con Juana.... Espero que no falte nada.

Magdalena permaneció con los ojos bajos, dibujándose en sus mejillas una rosada aureola y en su boca una sonrisa que iba y venía como el rayo del sol á través de las hojas de una sombría alameda.

—Dime, Magdalena ¿quieres mucho á Lorenzo Pontet?

—¡Oh! sí.

Este grito ahogado se escapó de los labios entreabiertos, y Magdalena rodeó con sus brazos el cuello de Albina, ocultando su rostro en el seno de ésta, mientras lanzaba un profundo suspiro.

—¡Hija mía!— dijo la joven muy conmovida, abrazándola estrechamente.

Una duda formidable surgió de repente entre ambas.

—¿Y él?— añadió con severa entonación.

—¿El? ¡Ah! creo que no se cuida para nada de mí.... ¡Soy tan fea!.... ¡En el fondo, por más que se haga, seré siempre Coco!

En sus anegados ojos, en sus labios suplicantes, había una indecible bondad, una tristeza resignada que inspiraba ternura.

—¡Hija mía!— repitió Albina— ¡pobre Coco! ... ¡Pero yo te quiero precisamente porque eres Coco, y si te conocieran como yo!....

Dirigió una mirada por toda la habitación; hacía algunos años que la cuna de Juan había desaparecido, pero para ella Juan estaba siempre allí.

—Tienes ese nombre porque te lo puso Juan; por lo del más eres linda, Magdalena.

—¿Yo?— exclamó con incredulidad.

—Mírate.

El espejo reflejó sus dos imágenes tan desemejantes: la una rubia y blanca; la otra morena y amarillenta.

—¿Ya vez que eres linda! ¡No seas vanidosa, Coco, porque no te querré!

Ambas reían con una risa próxima al llanto, y Albina enjugó los ojos de su amiga.

—Vete á la cama y no sueñes con nada. Las señoritas bien educadas nunca se forjan ilusiones.—La despidió con un beso, y después de cerrar la puerta se volvió al balcón. La noche estaba sombría y calurosa; ligeras nubes, semejantes á trozos de tul negro, ocultaban de cuando en cuando el resplandor de las estrellas; las madre selvas y las rosas, perfumaban el ambiente con su delicado aroma. Albina recordó cómo Félix había saltado un día por aquel balcón, y todas las debilidades, todas las contemplaciones de las últimas horas se desvanecieron ante la realidad de la existencia del marido.

—¡Qué oficio tan feo he desempeñado hoy!—pensó;— trataré de ver mañana más claro.

Al día siguiente por la mañana, Albina vió con toda claridad; su alma, enemiga por naturaleza de los subterfugios, le había indicado la solución de la dificultad: escribió á Desroches interesándole para que no retrasase su llegada, y, ocho días después, su antiguo amigo se presentó en el chalet.

—Espero —le dijo— que me devolverá usted á Magdalena, pues declaro que me es imposible vivir más tiempo sin ella.

—Sin embargo, cuando se case, tendrá usted que acostumbrarse á vivir sin ella —replicó Albina.

—¡Casarse Coco! En fin ¿por qué no? Eso me parece enteramente chocante á primera vista, verdaderamente no hay razón.... ¡Qué! ¿tiene usted algún partido para ella?

—Tal vez; ya nos ocuparemos de eso más tarde.

—¡Misteriosa!

Daba vueltas alrededor de ella como si tuviera que comunicarle algún secreto; luego de repente le dijo:

—¿Ha tenido usted noticias de Félix?

—No.... ¿Por qué?

—Por saberlo. Podía haber escrito á usted aunque sólo fuese por galantería.

—¿Por qué ha de ser galante?— preguntó Albina.— Cuando no hay nada que decirse es más preferible el silencio.

Desroches, que continuaba inquieto como acosado por alguna idea, se decidió por fin á hablar.

—Perdone usted una pregunta menos indiscreta de lo que parece. ¿Tiene usted contrato matrimonial?

—¡Sin duda!

—¿Conoce usted las cláusulas?

—Separación de bienes. ¿No sabe usted que dejo á Félix la cuota necesaria para completar la mitad de nuestra renta total con lo que él posee?

—Habla usted como un notario, y obra usted como una mujer de talento, lo que es usted. ¡Vamos, tanto mejor!

—¿Por qué?

—Porque sin la renta que usted le da, Félix.... En una palabra, se ha comido cuanto tenía.

—¡Ah!—exclamó Albina algo sorprendida....— Antes no era malgastador.

—¿Cree usted eso? ¿Acaso un marido como el de usted cuenta á su mujer en qué gasta el dinero? Era económico para su casa, tal vez avaro, pero lo hacía por tener más dinero en el bolsillo. Además.... En fin, ya habrá tiempo de verlo.

—¡Estimaría más oír hablar claro, Desroches!

—Tiene usted razón. Y bien, esté usted dispuesta á recibir uno de estos días alguna linda sorpresa. Su fortuna



de usted está á salvo: sí, ahora lo recuerdo. ¡Bien sabían los padres de usted dónde les apretaba el zapato!

—¿Cree usted que ha contraído deudas?—dijo Albina—sin alterarse.

—¿Que si lo creo? ¡Sí! tengo razones para creerlo ... en fin, vivir para ver....¿Ha vuelto por aquí mi amigo Lorenzo Pontet?

En los labios de Desroches vagaba una ligera sonrisa: creía firmemente en la virtud de Albina; pero acaso hubiera querido turbar algo aquella hermosa serenidad que guardaba tan poca relación con lo que veía en otras partes.

—Ha venido y debe volver—respondió con gravedad Albina—¿su posición es bastante buena, según creo?

—No es mala; gana cuando menos siete ú ocho mil francos, y como le salga bien el negocio que trae entre manos, será rico. ¿Le gustan á usted las personas ricas?

—Tienen cosas muy buenas—replicó ella riendo. Cuando escriba usted á su amigo Pontet, dígame que venga. Es demasiado raro.

—¡Está bien!—respondió Desroches retorciéndose el bigote.



## XXX

Algunos días más tarde, Lorenzo vino á ver á su amigo; desde su última visita á Etretat había reflexionado mucho, luchando no poco y sufrido regularmente. Su sufrimiento era meaos agudo que si hubiese tenido otra educación y otro carácter. Este estóico estaba endurecido á la desgracia y como nunca había esperado cosa alguna, nada tenía que sentir.

Lo que más le afligía era reconocer su propia debilidad, habiéndose dejado evncer por una pasión culpable en el más amplio sentido de la palabra; guardábase rencor á sí propio, por no haber sido bastante fuerte y listo para haber comprendido lo que experimentaba, cuando aún podía combatirlo. Albina continuó siendo para él lo que siempre había sido: el sér encantador y puro, la mujer por excelencia.

Se presentó ante ella con tranquilidad: su secreto sólo le pertenecía á él según creía; nunca se había descubierto, y por consiguiente, no tenía motivo para enrojecer en su presencia. Además, hacía dos días que se encontraba otro hombre. Albina le recibió con la misma calma aparente, aunque su espíritu estaba en realidad turbado, pues el sólo pensamiento de que había deseado un instante conservarle junto á sí, le inspiraba ahora al hallarse frente á él un

pudor singular, del que sin embargo, Lorenzo no pudo apereibirse.

—Tengo buenas noticias que comunicar á usted —dijo á Albina:—el éxito ha coronado mis experimentos, y tiene usted ánte sí á un hombre célebre, con la celebridad que trae consigo el descubrimiento de un color; se dirá al rojo Pontet como se decía el pardo Van-Dyck, aunque no sea enteramente lo mismo.

—Me alegro mucho —respondió Albina;— ahora espero que se hará usted rico.

—¡Oh, ciertamente!— tanto más, cuanto que me encontraré rico á poca costa.

—Y bien—dijo Albina—pesando sus palabras con extrema circunspección, no hay que esperar más.... Debe usted casarse.

El joven se estremeció y no pudo menos de mirarla con sorpresa. ¿Por qué le hablaba en tales términos?

—Debe usted casarse, amigo mío—continuó la joven;— un hombre no adquiere la plenitud de la consideración social hasta que tiene mujer; los hijos vienen después á consolidar el edificio.

Lorenzo había bajado los ojos; en el salón, abierto por tres de sus extremos, oíase el zumbido de algunas abejas, que revoloteaban sobre los ramos de rosas; el joven escuchaba la voz de Albina, que le parecía venir de un abismo insondable.

—¡Y es usted—murmuró—la que me dice eso!

Ella quiso comprenderle de la manera que más la convenía.

—¿Porque mi vida de casada no ha sido feliz?—respondió;— en un principio tuvo momentos de dicha.... y, además, ¡tantos matrimonios se llevan bien!.... Sobre todo, aunque no se sea tan feliz como siempre se anhela, es un deber casarse.... La sociedad se compone de matrimonios.... usted, que comprende tan bien el deber....

Por fin calló, una indefinible expresión de reproche en

los ojos de Lorenzo, detuvo las palabras en sus labios. Quedaron silenciosos. El viento agitaba dulcemente las cortinas de las ventanas.

—Verá usted lo que es la vida en familia cuando se trabaja y se ama—repuso Albina.

—¿Quién me querría?—dijo muy bajo Lorenzo, presa de una tristeza sin límites.

—¿Quién? ¡mire usted en derrador! La sociedad está llena de juveniles corazones, de muchachas desinteresadas.... dispuestas á querer.... á quererle á usted si consiente en ello.

—¿Desea usted que me case?—dijo Lorenzo sin mirarla.

Sacó fuerzas de flaqueza para responderle, porque la pena de aquel hombre la afligía sobremanera.

—Sí, lo deseo.

La miró entonces cara á cara, y pudo comprender que ella sabía su secreto. Albina no bajó los ojos, dejando leer en ellos todo el reconocimiento, toda la ternura que experimentaba por el hombre que se había consagrado á ella durante dos años.

—Yo conozco quién es muy digna de pertenecer á usted —replicó Albina después de un instante:—si usted la demostrase algún afecto, se consideraría dichosa consagrándole su vida, porque es la abnegación misma.

—¿Magdalena?—dijo Lorenzo.

—Sí, Magdalena; con ella sería usted dichoso seguramente.... ¿Sabe usted de dónde proviene su apodo?

El joven hizo un sígno negativo.

—Mi hijo la dió ese nombre.... La queria mucho.... ella estaba presente cuando murió.... es todo lo que me queda de él.—Procuró contener las lágrimas que acudían rápidamente á sus ojos, y el joven inclinó la cabeza en señal de homenaje al niño muerto.

—Si la hubiera usted visto con Juan—continuó Albina

así que pudo hablar—sabría usted lo que vale, y eso que era una niña..... Ahora ya es una mujer.

El recuerdo de la rosa, colocada en su cuarto de la casa de Desroches, acudió á la mente de Lorenzo, y el perfume de aquella hermosa flor parecía que flotaba en torno suyo.

—Si usted lo desea—respondió—me casaré con ella.

Albina le dirigió una mirada de gratitud. El joven replicó:

—Pero no todavía..... Déjeme usted algún tiempo para irme acostumbrando.

La mirada tornose grave en sus ojos y su semblante adquirió una extraña expresión de dolor.

—Y para merecerla también—continuó Lorenzo:—á una mujer de corazón semejante, debo entregarle una alma honrada, recta....

—¡La tiene usted!—exclamó Albina.

—.....Desligada de toda otra preocupación—concluyó el joven.—Déjeme usted todavía algún tiempo.

—Confío en usted—dijo ella profundamente conmovida.

Se habían levantado; por primera vez, Lorenzo tomó la mano de la joven y la llevó á sus labios, mirándola cara á cara. Ella leyó en sus ojos que la obra del sacrificio comenzaba, sin lo cual aquel hombre no se hubiese atrevido á buscarle la mano, para él entonces más sagrada que nunca.



## XXXI

Septiembre tocaba á su fin. Albina pensaba volver á París; pero aún no había decidido nada acerca de su nueva instalación. La separación definitiva, sencilla durante el verano, aparecía ahora en toda su importancia real.

Era preciso elegir entre conservar para ella el hotel, ó dejarle allí y buscar otra habitación; en este caso, ¡qué de sufrimientos la esperaban al sacar los muebles, los libros, los cuadros y todo, en fin, cuanto había constituido la vida de ambos é iba á convertirse en dos vidas separadas para siempre!

Esto era lo que prolongaba la permanencia de Albina en el chalet, donde no tardaría en encontrarse completamente sola, si permanecía más tiempo. Las clases de Juana se reanudaban en la semana siguiente. Desroches volvía de caza reclamando á su sobrina, ocho días más, y se quedaría sola en el desierto Etretat, donde el violento aire Norte comenzaba á soplar, cubriendo el suelo de multitud de hojas secas. La idea de pasar allí el invierno no la espantaba, sin embargo; ¿pero y la sociedad?

¿Qué dirían las gentes de semejante destierro? ¿Le creerían voluntario? ¿Le creerían inocente? Consultado Desroches sobre el particular, declaróse partidario de la negativa; no creía en la caridad mundana, y exigía el re-

greso de Albina, como el de un soldado bajo la bandera de que no tiene derecho á desertar.

Entretanto, la joven retrocedía ante la terrible prueba de la instalación. Félix no había dado otra señal de vida que sus visitas á casa del notario, y el mismo Desroches no sabía dónde buscarle para terminar el convenio de separación, cuando una mañana recibió Albina una carta del agente de negocios de la familia llamándola á París con premura. Partió al instante, sumamente intranquila, acompañada de sus dos amigas.

El asunto revestía gravedad; el hotel acababa de ser embargado á instancias de los acreedores de Armor, por una suma inferior á su justo precio, pero muy superior á la mitad de que él era poseedor. Albina telegrafió á Desroches para que viniese, lo cual hizo éste sin pérdida de tiempo. Después de haber consultado con varios letrados, Albina resolvió pagar las deudas y hacerse dueña del inmueble, cosa que le crearía una situación excelente. Armor, no sólo no poseería ya nada, sino que vendría á ser deudor de su esposa; mas como había aceptado la pensión que ésta le señalara, la cuestión carecía de importancia.

Todo se arregló sin escándalo, concluyendo por hacer que Félix dejase su vivienda, empresa sencillísima, pues él mismo declaró estar harto de París, así como que pensaba ir á Roma para recordar las impresiones de su juventud, y quizás para recobrar la inspiración que parecía haberle abandonado por completo.

Albina tuvo que adelantar el dinero para este viaje; sentía cierta amarga complacencia velando por su marido desde lejos y proporcionándole medios de vivir; no le profesaba ya afecto alguno, ni siquiera estima, pero conservaba esa solitud casi maternal que tienen las mujeres por aquellas personas que les están confiadas. Prometió á Félix, por medio de Desroches, que la pensión le sería pagada en cualquier parte que estuviera, á condición de que diese sus señas ocho días antes de la fecha del pago.

—De este modo—decía Albina—sabremos siempre dónde se encuentra.

Ahora que se veía libre de los disgustos á causa de él sufridos, se interesaba más, y hubiese querido estar segura de que nunca sufriría hambre ni sed....

—¡Qué absurdo!—decía Desroches conmovido, retorciéndose el bigote.—Es usted muy ridícula!

Pero sentía deseos de abrazarla viendo su bondad.

Albina iba, pues, á volver al hotel donde había pasado, aguardándole, aquella terrible noche.... La emoción sería violenta sin duda, y necesitaba prepararse en calma.

Magdalena y Juana permanecían en París; Albina se volvió á Etrepat.

El tiempo estaba apacible, por excepción, al día siguiente de su llegada; la casa parecía desierta con la sola criada que retuvo á su servicio. Quiso dar un gran paseo, y seguida, ó más bien precedida de Tom que olfateaba activamente senderos imaginarios, atravesó el pueblo en dirección al muelle. Apenas puso el pie sobre la montuosa senda situada entre las desiertas casas de campo encerradas en sus cercas de madera, cuando vió á Tom echar á correr ladrando.

Por más que le llamaba no venía, y se decidió á seguirle para saber lo que ocurría, no tardando en ver al perro que volvía alegre saltando al rededor de Lorenzo Pontet.

—Me he tomado la libertad de silbar á Tom—dijo el joven casi sin aliento;—el coche del Havre entraba en el pueblo al pasar usted. Dentro de dos horas me marchó y necesito hablar antes con usted.

Albina le miró con curiosidad.

—¿Sabía usted por Desroches que yo estoy aquí?—le preguntó.

—Sí, me lo telegrafió, recomendándome que la visitara porque está usted sola.

Albina comprendía, en efecto, que se hallaba sola con

él en aquel apartado lugar, de donde Octubre había arrojado las últimas aves de paso.

—Muchas gracias—contestó con cierta frialdad—¿Quiere usted ir al chalet ó prefiere acompañarme en paseo?

—Como usted guste.

—Entonces, continuaremos—dijo siguiendo su camino.

Lorenzo apenas podía hablar por aquella pendiente cuesta, y ambos marchaban silenciosos.

Ni una ráfaga de viento dejábase sentir sobre la mano, bajo aquel cielo azul, velado por una ligera bruma.

Cuando llegaron á lo alto, se detuvieron.

¡Qué aspecto tan encantador ofrecía la mar vista desde aquella altura! Aparecía enteramente tranquila; sin duda sus aguas chocaban en el fondo contra las rocas; pero desde aquel sitio no podían verse sus movimientos.

Albina se sentó sobre una piedra. Lorenzo hizo lo mismo, guardando una respetuosa distancia. Desde la cresta de la colina mirábales, inmóvil, un pastor, mientras apacentaba su rebaño. Tom se había echado entre ambos y aspiraba el ambiente de la mar.

Una red de telarañas se posó á poca distancia sobre un matorral de juncos.

—Parece un velo de desposada—dijo Albina señalándola.

—Es verdad—respondió Lorenzo, y luego añadió:—He venido á decir á usted una cosa.

La joven aguardaba algo inquieta.

—¿Recuerda usted el proyecto de que tiene hablado? Después de reflexionarlo, dire á usted que si todavía insiste....

Se detuvo, mirando fijamente á Albina, que le hizo señal de que continuase.

—...Si todavía insiste usted, estoy dispuesto á obedecerla.

—¿Sí?—exclamó interrogándole más con la mirada que con la voz.

—Dispuesto á obedecerla.

—¡Me alegro mucho!—repuso la joven, y bajó los ojos notando que dos gruesas lágrimas de ignorada causa empañaban sus pupilas. ¿Lágrimas? ¿Por qué? ¿No estaba en realidad contenta? Sin embargo, una tristeza incomprensible mezclábase con su alegría, tal vez porque iba á romperse el invisible lazo de una afección no confesada, no aceptada, pero existente.

—Si usted está contenta yo también lo estaré; pero ahora que he obedecido á usted, es preciso que le diga otra cosa.

Albina escuchó sin mirarle, algo sobresaltada, y, sin embargo, satisfecha porque adivinaba que Lorenzo no quería causarle pena alguna.

—¡He obedecido á usted, porque es muy buena! usted sólo desea el bien de todos cuantos la rodean. En un principio me pareció extraña la idea.... un poco cruel. No pensaba en casarme cuando usted me habló de ello, y, sin su consejo, probablemente no lo hubiera hecho nunca; pero ahora comprendo que es por mi bien aunque antes no lo hubiera comprendido, y diré á usted por qué.

Ella lo sabía, y casi sentía deseos de decírselo; pero, privarse de la alegría de oírsele, era inútil sacrificio; por lo que calló, dejando que continuase.

—He tenido por usted un afecto que yo tomaba por veneración, por amistad, por todo en fin, cuanto hay de hermoso y bueno en este mundo... Me equivocaba, era un sentimiento diferente.... ¡Oh! no se enfade usted, se lo suplico. ¿Cree usted que trato de ofenderla?

No, ella no lo creía, y escuchaba con la cabeza baja.

—Era, ¿por qué no decirlo? era amor. Yo no lo sabía, pero adoraba en usted. Cuando me aprecié de ello, mi alma estaba invadida por completo. Entonces me habló usted de casarme con Magdalena. Yo no podía hacerlo en el momento. ¿Comprende usted ahora por qué no podía?

Ella hizo un signo afirmativo.

— Luego— añadió el joven siempre grave, sin que nada, á excepción del ligero temblor de su voz, revelase su profunda emoción— luego lo he pensado, comprendiendo que tenía usted razón; que el matrimonio es el refugio contra todos los azares de la vida; que usted era muy buena, estimándome lo bastante para confiarme el destino de una joven á la que tanta amistad profesa, y que esto me aproximaría á usted todo lo posible; más aún de lo que mis ambiciones se hubiesen atrevido á desear....

Al llegar aquí, se interrumpió. Tom le miraba atentamente, cual si no quisiera perder ninguna de las palabras que salían de su boca, y Albina no decía nada.

— Entonces he purificado mi alma— dijo continuando el hilo de su discurso;— he arrancado de ella cuanto no debía permanecer, dejando tan sólo, créame usted, lo que no es más que ternura y respeto. Lo demás, ha desaparecido.... no sin trabajo ... pero puedo asegurar á usted hoy que mi corazón se halla libre de todo sentimiento culpable y prohibido.... A pesar de esto, creo que la amaré siempre más que á nadie en el mundo.... pero con un amor santo.

—No más que á su mujer— dijo Albina en voz baja.

—No se— respondió;— haré todo lo posible.

—Y lo logrará usted.

Tom no se fijaba ya en Lorenzo, estaba examinado un punto blanco que se distinguía en el mar, y era una vela.

—No me ha respondido usted nada á propósito de lo que acabo de decirle.... ¿Me perdona usted?— dijo Pontet sin mirarla.

—Le doy las gracias— contestó la joven sin mirarle tampoco. No se atrevió á hacerlo sospechando que el llanto iba á escaparse de sus ojos.

— ¡Me da usted las gracias!— exclamó levantándose deslumbrado.

Su amor no estaba todavía bien extinguido, un soplo le hubiese reanimado, más Albina permanecía insensible.

— Yo soy el que profesaré á usted eterno agradecimien-

to. Mi madre y usted son las que me han conducido á feliz término en medio de las escarpadas rocas de la vida.

— Su mujer de usted continuará nuestra obra— respondió Albina, fortificada de pronto por el pensamiento de aquella madre austera, que parecía sonreirla desde el fondo de un cielo lejano, mucho más lejano que el horizonte; y entonces verá usted que el hombre está sostenido por una cadena de corazones femeninos que le acompañan desde la cuna hasta el sepulcro. ¡Dichosos los que se someten á tan dulce cadena!

Albina se levantó muy cansada, sin haber hecho ningún esfuerzo, y ambos permanecieron frente á frente.

— Señora— dijo Lorenzo— ¿me permite usted que bese otra vez su mano? Esto servirá para bendecirme en mi nueva vida.

— Sea usted dichoso— respondió ella teniéndole la encantadora mano, que el joven llevó con verdadera devoción á sus labios.

Ambos descendieron lentamente por el muelle, en silencio. ¿Qué hubieran podido decirse? Al dar la vuelta al primer sendero. Lorenzo se detuvo.

— ¿No viene usted al chalet?— preguntó Albina.

— No. Prefiero volverme á pie. El coche me alcanzará en el camino.

— ¿Me autoriza usted para que hable á Magdalena?

— Ciertamente; usted lo hará mejor que yo. Espero ser un buen marido, pero no aceptaría á expresárselo en este momento.

— Se lo diré en esta misma semana. ¿Cuándo volverá usted á París?

— Mañana.

— Ya le escribiré á usted. Hasta la vista.

Lorenzo dirigió á la joven una profunda mirada, llena de gravedad, casi protectora, aunque sumisa.

— Hasta siempre— dijo alejándose sin volver la cabeza.